

El Realismo Moderno y la Continuación de las Tradiciones Medievales en Commynes

Por JULIUS KAKARIEKA

Philippe de Commynes (1447-1511), el ilustre político y autor de las "Memorias" sobre el reinado de Luis XI y Carlos VIII, es una de las figuras más vigorosas de la literatura francesa en la Edad Media. Después del "Testamento" de François Villon, su obra se considera como la más notable del siglo XV, y que, a la vez, nos hace comprender, de la mejor manera, la situación de Francia después de la guerra de Cien años. (1) Commynes no es un simple cronista que narra batallas, grandes fiestas y otros acontecimientos de su tiempo -al estilo de Froissart o de Olivier de la Marche- es más bien un filósofo político que analiza las causas y los efectos, que busca, en el torrente de los sucesos, sus fuerzas motrices y su significado más profundo. El antiguo consejero de Luis XI, tiene un gusto especial para estudiar los caracteres humanos, quitar el velo a sus pasiones e impulsos. Sabe descubrir a través del cristal de su penetrante mirada, los distintos elementos de un "embroglio" político, desenredar los hilos secretos de una intriga. Más aún: su vasta inteligencia le lleva a analizar las diversas formas de gobierno, sus principios y las consecuencias prácticas que derivan de su aplicación.

Por algunas características de su obra, Commynes ya anuncia a Maquiavelo y a Montesquieu. Sainte-Beuve cuyo ensayo contiene, tal vez, las páginas más cautivantes que se hayan escrito sobre Commynes, le llama, con gran entusiasmo, "el primer escritor verdaderamente moderno". (2) Apreciación justa, aunque requiere ciertas aclaraciones, porque el ilustre memorialista pertenece todavía a la Edad Media. El tono de la vida medieval que domina el mundo franco-borgoñón del siglo XV (3), domina también a Com-

mynes y su obra. La Edad Media, sin embargo, nunca fué uniforme y completamente íntegra en sus manifestaciones culturales; menos ahora, en vísperas del Renacimiento cuando las pulsaciones de la vida se hacen cada vez más fuertes. Las inquietudes que iban brotando en los ánimos ya en los siglos anteriores, se expresan ahora con una fuerza emocionante. El espíritu medieval tiene que enfrentarse con el poderoso movimiento humanista que atraviesa el Quattrocento italiano. En Italia se cristalizan las bases del espíritu moderno -individualista y burgués-, que rechaza los principios de la antigua disciplina cristiana; que proclama la liberación de las potencias creadoras del hombre y la alegría de la vida. Este espíritu ya no conoce ni el fervor religioso, ni las virtudes caballerescas que animaban la gran época de las cruzadas. En Francia y otros países transalpinos que quedan por más tiempos fieles a las tradiciones medievales, también irrumpen, de vez en cuando, las ráfagas del mismo espíritu, aunque en forma menos pronunciadas y menos consciente. Aquí, también se relajan, cada vez más, las costumbres de la sociedad feudal, palidecen sus ideales. Lo que queda intacto, es la fe cristiana que mantiene su fuerza, a pesar de los cambios y virajes que se producen en la visión del ser humano y del mundo (4).

El nuevo método que emplea Commynes en su análisis político, ya ostenta el sello de la nueva ideología que está en gestación. Aunque no

(1) Joseph Bédier et Paul Hazard "Histoire de la littérature française illustrée", Paris, 1923, t. I, pág. 118.

(2) Sainte-Beuve C. A. "Causeries du lundi", 2^a. ed. Paris, 1852, t. I, pág. 191.

(3) J. Huizenda, "El Otoño de la Edad Media", Buenos Aires 1947, pág. 450 ss.

(4) René Schneider y Gustave Cohen "La formation du génie moderne dans l'art de l'Occident". Paris, 1936, págs. V y 150; Charles Petit-Dutaillis "Charles VII, Louis XI les Beaujeu"; en E. Lavisse "Histoire de France" Paris, 1911, t. IV, vol. II, pág. 448.

pertenece a la escuela humanista, el autor se aparta considerablemente de la rutina medieval. Su modo de abarcar la realidad política es más propio de los tiempos modernos que de la Edad Media. Es el realismo y el espíritu de cálculo, dos cualidades netamente burguesas, que predominan en su pensamiento. Comynnes quiere ver representada la vida política tal y como realmente es, sin afeite alguno, desnuda de todo falso ropaje caballeresco. Trata de descubrir en las fuerzas que rigen el juego político, su propio denominador que estriba, principalmente, en la utilidad política.

Por entre la sonora exaltación de la vida caballeresca que llena todavía las páginas de los cronistas borgoñones (Chastellain, Olivier de la Marche, Molinet), resuena la voz de Comynnes como un toque de ánimas que acompaña la hora del crepúsculo. Aun cuando noble y caballero, nuestro autor nunca se entusiasma por las virtudes de la caballería. El valor y el honor, los sentimientos básicos de la mentalidad caballeresca, son ajenos a su espíritu. Lo que ve Comynnes en la caballería, es un lastre inútil de los tiempos pasados. Las bellas heroicidades que ensalza la canción de gesta, son mera ilusión en un mundo malo y corrompido; en un mundo que sufre los estragos de la guerra de Cien años. Por brillante que sea el ideal caballeresco, en su realidad diaria no es otra cosa sino un disfraz, una máscara tras la cual se ocultan la violencia y la codicia. Por lo tanto, el único prisma seguro que debe aplicarse en la vida política, es la utilidad, la adaptación racional de los medios o sus respectivos fines. "Qui en aura prouffit en aura l'honneur" (5). En otra parte, el autor repite: "Ceulx qui gaignet on ont tousjours l'honneur" (6). Para Comynnes, el honor consiste sólo en el éxito; fuera del éxito no hay sino la vergüenza (7). En las palabras que acabamos de citar, se puede percibir claramente cómo el nuevo "ethos", típicamente burgués, empieza a invadir la vida pública. Los días de la caballería ya han pasado, y el futuro pertenece a la ascendiente burguesía que trae consigo nuevas formas de vida y del espíritu.

En la doctrina de Comynnes, ya se traslucen las primeras tendencias de autonomizar la política, de eximirla de la estricta sumisión a las normas éticas cristianas, la que caracterizaba las teorías de la Edad Media. Cuando se pone todo el énfasis sobre el resultado político, es muy natural que se aflojen los lazos morales que sujetan los medios. Así empieza, invisiblemente, el proceso de la emancipación. En su famoso retrato de Luis XI, Comynnes enfoca todos los reflectores sobre la habilidad política. La maestría con que procede aquel príncipe "sabio y

virtuoso" (saige et vertueulx) le causa tanta admiración, que se le olvidan, por instantes, las ideas de la justicia y de la moral cristiana. La magnitud de la obra realizada deja en la sombra todos los escrúpulos de la conciencia cristiana. Pero Comynnes no dice nunca que el fin justifica los medios; lo peligroso de su doctrina son las reticencias.

Con justa razón observa Sainte-Beuve que hay en la moral política de Comynnes "un lado débil" (8). Pero ¿Podríamos calificarle de maquiavelista?, como lo hace el eminente crítico. A nuestro juicio, no. Es verdad que, llevado por su realismo, el cronista de Luis XI expresa algunos principios muy maquiavélicos que le colocan en una pendiente abrupta donde ya se abre la vista sobre los abismos de la política "moderna". Sin embargo, considerando el conjunto de sus ideas, no hay razones suficientes para pensar que Comynnes haya tenido alguna vez intención consciente, como Maquiavelo, de separar la política de las tradicionales normas éticas, de proclamar su independencia respecto al dogma de la Iglesia. Comynnes es todavía demasiado medieval y demasiado piadoso para hacer tal cosa.

La profunda fe cristiana que ha inspirado al autor de la "Imitatio Christi", la obra más hermosa y más confortante de aquel siglo; y que "se manifiesta en la plaza pública, en las inmensas e interminables representaciones de misterios religiosos" (9), esta fe tiene su parte en el pensamiento político de Comynnes: en ella continúa la Edad Media. Las páginas del memorialista están impregnadas de un vivo sentimiento de lo trascendente que se expresa de una manera netamente medieval: en la idea de la intervención constante de la Providencia Divina en los sucesos históricos y la idea de la vanidad de todo lo terrenal frente a la muerte. Estas ideas están en franca disonancia con las audacias del autor en el terreno de la política práctica, pero no se puede dudar acerca de su sinceridad cuando se conoce un poco la mentalidad de aquellos tiempos.

Comynnes mezcla frecuentemente a Dios y al Cielo en sus consideraciones. Dios es la fuerza preponderante que rige los destinos humanos. Él es quien tiene en su mano la suerte de las batallas... que dispone de la victoria, según su juicio (10). Nadie, y menos aún un príncipe, debe excederse, porque las gracias y buenas fortunas vienen de Dios (11). Por su voluntad cambian todas las cosas, según el mérito o la culpa de los hombres (12). Cuando Dios pone su mano, no

(8) Op. cit. t. I, pág. 198.

(9) R. Schneider y G. Cohen, Op. cit. pág. 150. Sobre la religiosidad de los países del Norte vea nuestra referencia arriba.

(10) "Memoires" L. I., cap. III. (t. I., pág. 26).

(11) ibid. L. I., cap. IV. (t. I., pág. 38).

(12) ibid. L. I., cap. III, (t. I., pág. 27) y L. II, cap. II. (t. I., pág. 109).

(5) Philippe de Comynnes, "Mémoires", ed. de Joseph Calmette, París, 1925, L. III cap. VIII (t. I, pág. 220).

(6) ibid. L. V., cap. IX (t. II, pág. 155).

(7) Chantelanz, R. "Portraits historiques", París 1887, página 92.

resiste ningún poder y ninguna previsión humana (13). Dios queda siempre como el juez supremo al que pertenece la última decisión (14).

Este mundo es triste e imperfecto, y nosotros somos sólo transeúntes que deberemos dar la cuenta en el más allá. Todas las grandezas humanas son pasajeras y, en el fondo, ilusorias. Comynnes asevera no saber de ninguno de los reyes y príncipes de su tiempo, que haya sido feliz en su vida. Los grandes de esta tierra a quienes se envidia tanto, no poseen ninguna ventaja sobre los pequeños y los humildes. (15).

Al contrario, su pan diario es más amargo que el de los otros; y sus días están llenos de penas e inquietudes (16). La lucha por el poder y la gloria no sólo abrevia su vida, sino que tal vez expone sus almas a un peligro. La consideración de las terribles angustias que sufrió Luis XI en su lecho de muerte, lleva al autor a buscar "un camino medio": ¿no sería mejor, pregunta, "moins se soueyer et moins se travailler, entreprendre moins de choses et plus craindre á persecuter le peuple et leurs voisins par tant de voyes cruelles, que assez ay declairées par cydevant, et prendre des avses et plaisirs honestes?" (17) Las palabras con que termina el autor estas reflexiones, son verdaderamente conmovedoras: "Pourroit-on veoir de plus beaulx exemples pour cognoistre que c'est peu de chose que de l'homme et que ceste vie est miserable et briefve et que ce n'est riens des grandz ny des netitz, des ce qu'ilz sont mortz, que tout homme en a le corps en horreur et vitupere et et qu'il fault que l'ame sur l'heure aille recevoir son jugement?" (18) La contemplación de la ruina de las grandezas humanas y, ante todo, la preocupación por el destino final imprimen en el alma de Comynnes una profunda melancolía. Es la misma melancolía que, en la poesía y las artes plásticas del siglo, expresa la imagen de la danza macabra.

Otro rasgo que nos parece genuinamente medieval en Comynnes, es su oposición contra el naciente absolutismo en Francia y su afecto especial a las instituciones parlamentarias. Otra vez una actitud contradictoria, porque el memorialista guarda, al mismo tiempo, sus simpatías

y su fiel recuerdo al difunto Luis XI quien fué el rey más autocrático de su tiempo.

En el transcurso del siglo XV, aparece en el horizonte político del Occidente la silueta del Estado moderno en que todo el poder se concentra en las manos del monarca, lo que le permite ejercer un gobierno absoluto. Especialmente rápida es esta transición en los pequeños Estados italianos, donde se establecen los gobiernos tiránicos de los "condottieri". En las grandes monarquías occidentales, el proceso es más lento porque aquí están más arraigadas las tradiciones feudales que, en una u otra forma, limitan las prerrogativas del soberano. A pesar de esto, el rey de Francia ya puede, en varios aspectos, competir con los ambiciosos tiranos de Italia. El poder adquirido en la guerra de Cien años le permite proceder en forma arbitraria, cuando se le antoje. En el país, no existe ninguna institución que fuera capaz de refrenar sus caprichos.

En esto, percibe Comynnes un gran peligro. No sólo un peligro para los súbditos que tendrán que sufrir toda clase de vejaciones y violencias, sino también para el futuro de la monarquía misma que un príncipe temerario lanzará en las empresas descabelladas. El autor de las Memorias considera indispensable imponer límites al poder monárquico.

Un príncipe cristiano, según su concepto, recibe su cargo no para satisfacer su vanidad y egoísmo, sino para servir a Dios, en humildad y obediencia, y preocuparse de la seguridad y el bienestar del pueblo. Como el mejor medio con que se puede regular las relaciones entre el príncipe y sus súbditos y asegurar la estabilidad política del país, propone el autor la convocación constante de los Estados Generales y el voto libre de los impuestos. Aquí, salta a la vista el influjo que el parlamentarismo inglés ejerció en la mente de Comynnes (18). En Inglaterra, el rey no puede emprender ninguna iniciativa de gran envergadura sin el consentimiento de su Parlamento: «qui est chose très juste et saincte» (19). El Parlamento posee un arma poderosa para defender los derechos de la nación y sancionar la política real. Esta arma consiste en la votación libre de los impuestos. Ya desde mediados del siglo XIV, ningún monarca inglés está en condición de introducir los impuestos por su libre albedrío. Cada vez, necesita el voto de los Comunes, lo que le embaraza más que cualquier oposición del mundo. Porque no sólo debe

(13) *ibid.* L. II, cap. IV, (t. I, pág. 121).

(14) *ibid.* L. V, cap. III, (t. II, pág. 120).

(15) *ibid.* L. VIII, cap. XXIV, (t. III, pág. 300).

(16) *ibid.* L. VI, cap. XII (t. II, pág. 325).

(17) *ibid.* L. VI, cap. XII (t. II, pág. 340 ss.).
"Desear menos y fatigarse menos, emprender menos cosas, y tener más oprimir al pueblo y sus vecinos por tantos medios de crueldad los que arriba he bastante señalado; y tomar gusto en placeres honestos".

(18) *ibid.* L. VI, cap. XII (t. II, pág. 341).
"Se podrían alegar los ejemplos más insignes para conocer cuán poca cosa en el hombre, cuán miserable y breve es esta vida; que no hay ya más grandes ni pequeños desde que llega la muerte con la cual el cuerpo queda feo y horrible y el alma tiene que ir, al instante, a recibir su sentencia".

(18) El término "parlamentarismo" lo empleamos aquí en forma convencional, por falta de otro término adecuado para caracterizar el régimen político de Inglaterra en el siglo XV. El verdadero parlamentarismo, como lo entendemos hoy día, empieza en Inglaterra sólo después de la revolución de 1688. Se conoce, sin embargo, en el sistema representativo inglés de la Edad Media — aunque es mucho más limitado por las prerrogativas reales que el moderno —, el principio fundamental del parlamentarismo: la responsabilidad de los órganos ejecutivos ante las Cámaras (especialmente estricta en los asuntos financieros).

(19) *ibid.* L. IV, cap. I (t. II, pág. 8).

convencer a los representantes de la utilidad de las empresas que se propone llevar a cabo, sino que debe también escuchar sus quejas y peticiones y prometer la supresión de los abusos. El deseo más ferviente de Commynes es que se implante el mismo sistema en Francia, lo que se puede realizar por la reinstalación efectiva de los Estados Generales que ya casi habían dejado de reunirse, y la abolición del derecho arbitrario con que proceden los monarcas en la percepción de los impuestos. Commynes cree que el pueblo francés concederá voluntariamente a su rey los subsidios necesarios, siempre y cuando tenga necesidad de ellos. "Ne seroit-il plus juste envers Dieu et le monde le lever (el impuesto) par ceste forme que par volonté desordonnée? Car nul prince ne le peult autrement lever que par octroy, comme j'av dit s'il ne le fait par tyrannye et qu'il ne soit excommunié"(20). Tenemos que apreciar la profunda intuición del autor: fueron, principalmente, las cuestiones financieras que originaron la caída del orgulloso "ancien régime".

Se ha insistido, y con mucha razón, que Commynes fué quien inauguró la tradición del liberalismo francés, y que se le debe considerar como el verdadero precursor de Montesquieu. Hay que agregar, sin embargo, que eran las instituciones de la Edad Media las que inspiraban a Commy-

nes y que contenían en su seno los gérmenes de las modernas libertades constitucionales. Commynes vuelve a la tradición medieval para combatir el creciente absolutismo que empieza a dominar el panorama occidental y que se mantendrá hasta las grandes revoluciones europeas.

"Las Memorias de Commynes, dice el crítico (21), son uno de los últimos productos de esa época de transición; se componen de dos elementos, reflejan a la vez dos mundos: el antiguo que está por hundirse, y el nuevo que va a surgir: el Renacimiento. "Commynes es un autor sumamente contradictorio: a la vez moderno y medieval. Si alguien quisiera penetrar en el fondo de su alma, descubriría allí la imagen de Jano; el mitológico Jano con su doble cara y doble mirada: hacia adelante y hacia atrás. Esta sería la mejor imagen plástica para poner de relieve el desdoblamiento interior del notable estadista.

(20) *ibid.* L. V, cap. XIX (t. II, pág. 222).

"¿No sería más justo ante Dios y ante el mundo percibirlo (el impuesto) en esta forma y no por una voluntad desordenada? Porque ningún príncipe puede percibirlo de otra manera que por el consentimiento, como lo dije, si no lo hace por tiranía y no esté excomulgado".

(21) Chantelanze, *Op. cit.* pág. 129.

